

www.elboomeran.com

RAFAEL ARGULLÓ

DESCIENDE,
RÍO INVISIBLE

BARCELONA 2009



ACANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 1989, 2009 by Rafael Argullol

© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S. A. U.

En la cubierta, fotografía del autor.

ISBN: 978-84-92649-24-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 39 390-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

«El mundo es la resaca de un dios borracho, el mundo es la resaca de un dios borracho»:

una y otra vez se repiten las mismas palabras mientras observo el ángulo oscilante del limpiaparabrisas. Está llovisnando y más allá del cristal el día es sucio, sin colores. Ya hace tiempo que me he olvidado del paisaje para concentrar mi atención en el asfalto. Me dejo llevar por la hipnosis del asfalto. Ese espacio igual e interminable surcado por una línea obsesiva que transporta vertiginosamente a la mirada hasta depositarla siempre en el mismo punto. También la música que Tomás ha escogido me causa una impresión similar. Esta extraña grabación de la *Gran fuga* de Beethoven repetida por tres veces, y a la que ha calificado como la sintonía de nuestro viaje, retumba como un oleaje circular. Los sonidos estallan en corrientes desbocadas antes de replegarse, de nuevo, hacia un centro misterioso desde el que vuelven a expandirse. Asfalto y música en una idéntica sensación de inmovilidad en movimiento. Un remolino turbio agitándose ferozmente alrededor de la quietud.

Miro mi reloj. Hace tres horas que hemos salido de Barcelona. Tres horas de silencio casi continuado durante las cuales me he interrogado hasta la exasperación sobre el significado de este viaje. Fue una decisión imprevista.

—Libérate de tus pacientes por una semana—me exigió alegremente Tomás.

—Iremos a visitar al viejo Durán.

A pesar de no comprender tanta precipitación no dudé ni un instante. Cuando se lo dije a Inés, no puso ningún obstáculo. Ella se encargaría de posponer las visitas. Me sorprendió que mi mujer no hiciera ninguna pregunta, pero era mejor así pues no hubiera sabido qué respuesta darle. No podía explicarle la situación de Tomás porque éste me lo había prohibido. No podía decirle nada que justificara aquellas absurdas vacaciones en un momento en que por fin parecía que el consultorio empezaba a funcionar.

—Saldremos pasado mañana. Será un hermoso viaje, como los de antes.

¿Nostalgia? Tomás no era dado a la nostalgia, ni aun en sus circunstancias actuales. Más bien despreciaba a los que se enzarzaban con los viejos tiempos.

El tiempo es únicamente hoy, decía.

Ahora esta afirmación adquiría más fuerza, era más imperativa. Si no era nostalgia tenía que haber

otra razón. Hacía ya años que no viajábamos juntos. Nuestra amistad seguía siendo firme, pero nuestras vidas, desde hacía tiempo, eran dispares. Y sin embargo, de repente, me había convocado.

La lluvia se dibuja en una tenue capa de niebla entre la que se descubren, de tanto en tanto, las pesadas siluetas de los camiones. Tengo el presentimiento de que nos abrimos paso en un espacio de sombras y me complace experimentar la ambigüedad de esas formas enmarañadas en el claroscuro. El asfalto dominador, la música dura e inquietante que golpea mis oídos me paralizan en el umbral de la fantasía. Como si hondas grietas resquebrajaran el edificio de la realidad para adentrarme en escenarios desconocidos. ¿Tengo miedo? Me lo he preguntado durante dos días, desde que Tomás me comunicó la idea del viaje. Ahora estoy convencido de que no lo tengo. Prefiero nombrar el temor, con su dosis de vacío y fascinación. Prefiero un estado que me da a entender que inevitablemente algo sucederá, arrastrándome a un riesgo pero, también, a una revelación.

Han transcurrido ya dos meses desde aquella noche de agosto. Caminamos largo rato por las calles desiertas palpando el calor húmedo de la ciudad. Todo acontecía a ritmo lento: nuestros pasos, los gestos de los escasos transeúntes, la brisa apenas perceptible. Cenamos sin prisas en un restaurante popular y luego nos trasladamos a la terraza de un café. A pesar de la lentitud con que se sucedían nuestras acciones la conducta de Tomás cambiaba con brusquedad. Se mostraba alternativamente eufórico y taciturno. Cuando se lo hice notar aceptó la acusación con una sonrisa.

A sugerencia suya tomamos un taxi y nos trasladamos a un local nocturno del extrarradio. En la plataforma oscura las siluetas se aplastaban unas contra otras bajo el mandato frenético de los decibelios. Nos acomodamos en la barra y pedimos unas cervezas. Tomás consumió la suya con rapidez y empezó a hablar de un modo inhabitual, como si estuviera interesado en describir sensaciones que percibía en aquel mismo momento.

—¿Te has fijado en este olor mixto a juventud y a muerte?—dijo con seriedad.

Los cuerpos se retuercen con la ilusión de salvarse porque saben que en la fatiga, está el olvido de todo lo que no es instinto. Me gustan estos lugares precisamente por eso. Aquí se van desvaneciendo los fantasmas del espíritu hasta que sólo quedan contorsiones, jadeos, sudor. El instinto. Imagino que el que baila hasta el agotamiento siente una rara liberación. Queda flotando en la vida, sin resquicio alguno de alma ni de dolor. Pero los médicos no sabemos nada de esto porque nosotros traficamos con el dolor y gracias a él nos convertimos en mercaderes.

Pidió otra cerveza mientras le rebatía, haciendo esfuerzos para hacerme escuchar entre el espeso sonido de la música. El médico debe ser un excelente conocedor del instinto humano porque continuamente tiene que enfrentarse al miedo y al ansia de conservación. Tomás me miró con cierta tristeza:

—Un excelente conocedor del lado peor, del más infamante—alegó al tiempo que acercaba el vaso hacia sus labios.

Estuvo unos instantes en silencio, hasta que me indicó que observara a una muchacha que, levemen-

te separada del grupo compacto, bailaba cerca de nosotros. Se movía ágilmente, jugando con su cuerpo con extraordinaria violencia.

—¿No la deseas?—preguntó, sin dejar de mirarla ensimismado.

No me dio opción a contestar.

—¿Y sabes por qué? Porque intuyes perfectamente que su piel te puede redimir. Sí, sí, su piel ahora, y sólo ahora, es un acto puro sin pasado ni futuro. Su carne es fuerza sin historia, vigor que te atrapa sin que necesites siquiera pensarlo. Y no quieres escapar porque todo lo otro está lleno de culpa y de cálculo. Lo otro es el bisturí que no se conforma con la imagen hermosa de la desnudez y quiere escarbar en las vísceras para buscar estúpidamente una verdad que no encontrará.

Quise reír pero fue entonces, mientras la muchacha continuaba bailando a nuestro lado, cuando súbitamente Tomás desveló lo que había estado ocultando durante varias horas. Desde la mañana conocía el resultado de las pruebas clínicas a las que se había sometido. La Enfermedad brotó de su boca como un manantial de lava adornado con datos indiferentes. Con un gesto detuvo mi protesta contra el reinado frío de las cifras.

—Tú sabes tan bien como yo que los síntomas y los análisis concuerdan. Un médico debe tener la ventaja de conocer antes que nadie su propio mal.

Sonrió.

—Me gusta utilizar esta expresión: mi propio mal. Te parecerá incongruente, pero por primera vez siento algo como absolutamente mío, algo que me obliga a pensar en su significado exclusivo. Toda la tarde doy vueltas a esta idea. Mi mal se ha apoderado de mi entorno. De los deseos, de los proyectos, del tiempo. Es como si oyera una única voz hablándome atronadoramente desde muy lejos, y entre mi cabeza y esta voz sólo hubiera un escenario lleno de llamas vacilantes. ¿Sabes una cosa?

Elevó la voz para hacerse oír con claridad. Me pareció que gritaba y mecánicamente, con un gesto, traté de proteger su confesión. Nadie debía escucharla. Excepto yo.

—Hasta ayer no estaba en condiciones de dar una opinión sobre lo que era el mundo. Ahora sí: el mundo es la resaca de un dios borracho. Una resaca bien fastidiosa, por cierto.